



COLECCIÓN PÍNFANOS

VOLUMEN 9

PARES O NONES

Madrid

En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.

© *De los autores indicados en cada relato*
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*
Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército
Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno
Primera edición: 2 de junio de 2026

CONTENIDO

Presentación	7
Carta de amor	11
El pedrón	15
El regreso	21
La vida pasa	29
Recuerdos escondidos	33
Unos días de invierno	37
Varios recuerdos que conservo a mis 95 años	45
Viejo trapillo	51
Y llegó el adiós	59
El pasillo	71
Si volviera a nacer.....	75

PRESENTACIÓN

La Colección Pínfanos arrancó en octubre de 2013 con cuatro libros de relatos elegidos entre los disponibles en nuestra página web; desde entonces, gracias a las continuas aportaciones de los pínfanos, la hemos hecho crecer siendo este el noveno libro.

Desde el mismo día de nuestro ingreso en alguno de los colegios de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de situaciones y expresiones que, sin poder imaginarlo entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano como trapillo, pitraca, aspirino, virus, marmota, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde con nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su madurez a recordar algunos hechos, construyendo palabra por palabra deliciosos relatos que son fiel reflejo de nuestro paso por los internados.

En los libros de la colección se han ido recogiendo relatos publicados en la página de la Asociación que con los años quizá hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y mantenimiento de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación quisimos dar a estos relatos una segunda oportunidad de volver a ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos conservamos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en nuevos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el inevitable olvido y gracias a ellos podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las publicadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En el primer volumen de la colección de la colección se incluyó un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre excepcional, hablamos de don Miguel Delibes Setién ((Valladolid, 17 de octubre de 1920 - 12 de marzo de 2010), novelista español, doctor

en Derecho y catedrático de Historia del Comercio, periodista y director del diario El Norte de Castilla, autor de grandes obras.

Que nosotros sepamos no era pínfano, aunque de haberlo querido podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió un relato sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Esperamos que la lectura de este nuevo libro de la Colección resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, las preparaciones militares, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera volver a recordar las premonitorias palabras de África, una entrañable pínfana de 15 años que vaticinó *«aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos»* con las que acertó de lleno: mantenemos viva nuestra página web, hemos celebrado más de una veintena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno
Secretario de la AHE, 2013-2017
Administrador de la página web desde 2012*

CARTA DE AMOR

Ángel Asensio Abuja



Una carta de amor que un pinfanito (año de nacimiento 1945) de Padrón le dirigió a Sor Tránsito en 1957. Bueno a lo mejor no se la llegó a enviar, dejémoslo en carta de amor in pectore.

A continuación explico su génesis.

Para el Pinfanito aquella monja se había convertido en su La Dama del Ala Blanca, ni don Quijote llegó a tanto embeleso por Dulcinea, y es que Sor Tránsito no era como las demás. La Madre Superiora (con todo, respeto) parecía esculpida en granito, un material que solo la naturaleza puede alterar, según nos contaron en clase de Ciencias Naturales.

Sin embargo Sor Tránsito conservaba un brillo de luz esplendorosa y de vida tras sus gafas de gruesa montura. Lo que más fascinaba a Julián era su toca. Aquella corneta almidonada, blanca y afilada como el ala de un cisne. La toca y el babero blancos ambos enmarcaban un rostro más bello que cualquier maravilla del mundo, como las que aparecían en los sobres de las chokolatinas que algún compañero recibía en el paquete que le enviaban de casa.

A pesar de que el catecismo hablaba de siete pecados, no consideraba que sus pensamientos fueran uno de ellos y seguía embelesado soñando con un momento a solas con Sor Tránsito. Con el pulso tembloroso y el plumín ya muy usado y abierto en sus puntas, cargado de una tinta azul o negra, vaya Vd. a saber, y que parecía sangre de ángel, empezó a escribir e inmediatamente cayó una gota descontrolada, apareció un borrón (icachis diez!) sobre el preciado papel y ahora ¿cómo consigo otro?

Tras una ardua y dura negociación con su amigo (vaya amigo) el Curto, consiguió un pedazo de papel de estraza, de dimensiones bastante irregulares con algún manchur-

rrón pero lo que más importaba al Pinfanito era que ya podía verter todo su amor por Sor Tránsito.

Y se dijo a sí mismo —ahora concéntrate—:

«Querida Sor Tránsito, Le escribo estas líneas porque el pecho me pesa más que la bronca que me dio esta mañana por no saberme los ríos de España, cuando lo que más me importa, tal vez lo único, son los ríos de luz de sus ojos. Usted es la mujer más bella que he visto nunca, más que la Virgen del Altar Mayor de la Capilla, cuando le ponen las velas nuevas (sin querer faltar a nuestra Inmaculada, si es preciso me confesaré),

Su toca parece una corona de armiño. Su hábito azul es un bloque de noche cerrada y la blancura de su toca resalta como una luna solitaria en medio de un eclipse (con esta frase cae en mis brazos, estoy seguro).

Cuando camina por el pasillo, entre los pupitres, el aire huele a limpio. Parece como si del cielo hubieran bajado Los Ángeles a visitarnos.

A veces me quedo mirándola en clase y me olvido de que el mundo existe. Pero tengo que decirle una cosa que me duele en el alma. Me duele ver que esa mano suya, que es blanca y fina como el papel de seda, sea a veces tan larga para castigarnos.

Ayer, cuando me dio aquel bofetón y luego con el puntero en los nudillos por distraerme no me dolió el golpe, Sor Tránsito. Me dolió que fuera usted quien me lo diera. Un ángel no debería usar la vara, ni siquiera para enderezar a un pecador como yo.

Si Vd. me lo permitiera yo sería su caballero y le llevaría los libros para que sus manos solo descansaran. La quiero más que a las vacaciones de verano. Suyo para siempre.

Firmado (ilegible) Padrón a tantos de tantos y tantos».

Y el Pinfanito se durmió tan feliz y tan a gusto. Lo que llevaba dentro del alma desde siempre ya había aflorado.

PD del autor.

Es evidente que muchos de los términos que aparecen en esta carta se han suavizado, pero es que las palabras originales estaría feo escribirlas y el censor tendría que actuar de oficio.

EL PEDRÓN

Francisco Antonio Álvarez López



Si lo que voy a relatar ahora, lo hubiera contado cuando sucedieron los hechos, aún estaría desde entonces recluido en un psiquiátrico, y todo sucedió nada más y nada menos que hace sesenta y cinco años.

Era un espléndido domingo del mes de mayo de mil novecientos sesenta y uno. Estaba interno en el CHOE de Padrón desde hacía cinco años y aquella mañana las monjas decidieron llevarnos a pasar el día al monte de Santiaguíño, comida incluida en el mismo, como ya habíamos hecho en alguna otra ocasión.

A finales de Abril le había dicho a mi buen amigo Rafa que la próxima vez que fuéramos a Santiaguíño tenía que tener preparada una linterna de petaca con pila nueva, una caja de cerillas, una vela y una navaja con varias cosas incluidas, que llaman multiusos. «No te preocupes que lo conseguire fácilmente», me contestó.

El día, como dije, amaneció espléndido y soleado desde las primeras horas. En esta ocasión subimos por el camino largo, o sea, por Extramundi. Nada más llegar a la explanada y comprobar que teníamos el material previsto, le dije a Rafa: «Sígueme porque hoy creo que disfrutaremos de una misteriosa aventura».

En mi anterior visita hice una pequeña exploración en el grupo de las diez enormes rocas próximas a la ermita, donde se encuentra la figura del apóstol Santiago y más arriba, coronando todo, una cruz de piedra. En la base de estas rocas hay tres orificios conocidos como infierno, cielo y purgatorio. Con cierta dificultad penetramos por el cielo con la linterna encendida porque la oscuridad era plena.

La galería era de fácil tránsito, pero a los pocos metros encontramos una bifurcación y tuvimos que decidir qué camino tomar. Lo hicimos por la derecha y enseguida vi-

mos un hueco a un lado donde parecía estar recostado un individuo cuya indumentaria me recordaba a la de los Dominicos que habitaban el convento cercano.

Dudando si estaría durmiendo o quizás muerto, le di una suave palmada y el hombre, de una figura un tanto extraña, pero a la vez agradable, nos dijo sonriendo: «Hola amigos, hace tiempo que os esperaba. Podéis llamarme Domi. Vosotros ya sé que sois Rafa y Tom». «Así es» le dije yo, pero Rafa, desconcertado me dijo: «¿Cómo puedes entenderlo si el idioma que habla es muy extraño?». No lo sé, desde luego, pero así era. Le podía entender como si hablara igual que yo.

Rafa iba delante con la linterna encendida y yo con Domi, detrás, charlando como dos buenos amigos.

«Dentro de poco os abandonaré pero antes te diré tres cosas que te van a suceder a lo largo de tu vida, por orden cronológico. La primera es inminente. Al final de este túnel y nada más cruzar por debajo del río Sar, veréis que una gran piedra os cierra la entrada a un lugar interesante. A la derecha y casi rozando el suelo veréis en un pequeño rectángulo vertical tres pequeños orificios. Introduciendo en el central el punzón de la navaja de Rafa, la puerta se abrirá ante vosotros».

Así fue, al final vimos la gran piedra cubriendo la entrada. Pulsando fuerte con el punzón de la navaja se nos abrió el paso y nos encontramos bajo el altar de la iglesia de Santiago, donde se encontraba el famoso Pedrón cuya leyenda dice que sirvió para amarrar la barca que trajo el cuerpo del apóstol Santiago. Con paciencia y reconociendo ahora que, con poco sentido cívico, se me ocurrió grabar con ayuda de la navaja multiusos de Rafa, en la parte inferior del pedrón el número setenta y siete, afirmando así mi presencia.

Finalizando nuestra inspección del curioso lugar, salimos tranquilamente por la puerta de la iglesia porque nuestra aventura del día había concluido felizmente.

«Segunda advertencia: El próximo curso iras a Madrid y el verano siguiente conocerás a tu primera amiga en un pueblecito de La Coruña, porque pasarás unos días de vacaciones en un hermoso castillo».

«Bueno, Domi» respondí; «soy un chaval de pueblo que jamás ha visto un castillo de cerca y mi familia es gente humilde. El mayor lujo que he visto es el Tílburi de mi abuelo Quico. Perdona que me cueste creerlo pero me inspiras tal confianza que quiero pensar que ese sueño puede ser algún día realidad».

«Tercera advertencia: Serás policía y en un momento crucial de tu vida profesional te acordarás gratamente de nuestro encuentro en esta gruta. Buen camino, amigos».

Y cuando quise darme cuenta, había desaparecido de nuestra presencia.

El curso siguiente, tercero de bachiller, lo hice en el colegio La Inmaculada de Madrid. Poco me sorprendió la llegada a la capital de España, porque, mi hermano, que me había precedido unos años antes, me había puesto al corriente de lo que allí me encontraría.

A un grupo de veteranos le oí comentar que en verano se podía ir a pasar unos días de vacaciones al castillo de Santa Cruz, que el marqués de Cavalcanti había cedido para nuestro disfrute.

Con una enorme ilusión Rafa y yo solicitamos plaza, que nos fue concedida. Allí conocí a Elena, una hermosa niña, inteligente y guapa, hija de un coronel que nos pasaba algunos días en su flamante mercedes negro. Fue una increíble y preciosa relación la que tuvimos Elena y

yo, carteándonos el curso siguiente, pues ella vivía en Coruña.

A lo largo de mi vida, suelo recordar con cariño a Domi. La primera vez fue precisamente al poco de llegar a Madrid, pues en la puerta del Sol vi una pareja, hombre y mujer de mediana edad, hablando cada uno distinto lenguaje y se entendían perfectamente. Cosa curiosa, me dije, pero después de mi experiencia, tampoco me causó ninguna extrañeza.

Al cabo de algunos años, como ya me vaticinó Domi, fui destinado como policía al País Vasco. Años difíciles de terrorismo con atentados continuos por parte de la banda E.T.A. De forma voluntaria ingresé en el grupo operativo de lucha contra aquella lacra.

Los compañeros de la Brigada Central de Información nos habían marcado un chalet en Salvatierra de Álava donde teníamos que descubrir un zulo. Nos desplazamos al lugar y después de hacer una exhaustiva inspección ocular el resultado fue infructuoso. Volvimos a comisaría y repasando el reportaje fotográfico que habíamos hecho observé un extraño enchufe eléctrico en la pared izquierda del salón, casi a ras de suelo, que tenía tres orificios.

Inmediatamente me acordé de la entrada del pedrón. «Vamos a Salvatierra» dije: «Creo que tenemos resuelto el tema». Llegamos de nuevo al chalet, entramos en el salón e introduje el punzón de mi navaja multiusos (que ahora siempre llevaba) y, ante nuestros ojos, una losa bastante grande empezó a elevarse sobre un émbolo central. Al llegar a cierta altura se giró noventa grados para dar acceso al zulo que buscábamos. Bajamos a revisarlo fácilmente pues no tenía más que unos doce metros cuadrados, una cama pequeña, una mesa, una silla, algún

dinero y ciertas cosas que recogimos para un posterior estudio.

Años más tarde y con motivo de una reunión de pínfanos que tuvo lugar en Padrón, pude asistir en el centro cultural del pueblo a una charla-coloquio que se me antojaba interesante: «El pedrón de Padrón».

En un determinado momento, dijo el conferenciante: «Se dice que el pedrón está aquí desde el año 34 DC pero curiosamente he tenido la ocasión de poder inspeccionarlo minuciosamente y he observado en su base como un numero setenta y siete, que me hace dudar si no será esa la fecha exacta. Casi se me escapa una carcajada pero solo fue una leve sonrisa. A punto estuve de levantarme y decir: ¡Yo soy el setenta y siete!, pero evidentemente aún no había llegado la hora de identificarme. Me arriesgaba nuevamente a acabar recluido, como ya dije al principio, así que aguanté sentado hasta el final de la interesante charla.

Una vez contado todo tal y como sucedió, espero de la bondad e indulgencia de los lectores para evitar mi definitiva reclusión porque, al fin y al cabo, solo soy un anciano Pínfano, relator de simples vivencias.

EL REGRESO

Santiago de Ossorno de la Puerta



El autobús de la línea 34 avanzaba a trompicones por la calle del General Ricardos. Juan Castro se agarró con fuerza a la barra vertical para evitar caerse en cualquier frenazo, a través de la ventana observaba con curiosidad los pisos de ladrillo visto, la boca de metro de Oporto, el viejo campo del Puerta Bonita y el edificio abandonado de la Casa Asilo Goicoechea Isusi en el nº 159 de la calle que aún resistía en pie entre nuevos bloques de casas, aunque con los muros semiderruidos y decorados con grafitis que parecían querer contarle historias que él no alcanzaba a descifrar.

Carabanchel no había cambiado tanto pero le costaba reconocerlo, aunque el aire —ese olor mezcla de asfalto, polución, humanidad, comida recién hecha y la humedad del cercano Manzanares— seguía siendo el mismo.

Habían pasado más de cincuenta años desde que salió de allí cruzando por última vez la puerta del Bajo, aquella finca con un antiguo palacio que los últimos tres años había sido su internado, con amplios espacios rodeados y protegidos por un alto muro que lo separaba de las calles adyacentes, como un gigante vigilante.

Cuando el autobús se detuvo, Juan descendió con un leve crujido de rodillas. Caminó algunos metros por una calle que no recordaba tan activa. El cine y los viejos talleres y tiendas habían desaparecido; en su lugar había cafeterías modernas, bazares y un gimnasio. Pero al descubrir intacto frente a él el muro de ladrillo del recinto, su corazón se aceleró.

El edificio seguía allí... aunque no parecía el mismo. Nerviosamente cruzó la calle buscando la forma de entrar. Sobre la antigua puerta de hierro labrado —que él recordaba negra, imponente, casi hostil— colgaba ahora un cartel luminoso:

«Centro de Mayores de Carabanchel Bajo».

Al otro lado crecían árboles y macetas con lavanda. Juan sintió una punzada en el pecho, como si alguien hubiera borrado una imagen que él llevaba décadas conservando sin cambios en su cabeza.

Llamó al timbre, cuando le abrieron empujó la cancela que cedió con un chirrido amable, ajeno al más ruidoso que tenía grabado en su memoria. En el jardín interior había bancos de madera a la sombra y un pequeño estanque artificial donde nadaban peces de vivos colores y flotaban nenúfares. Donde antaño resonaban las alegres voces de los alumnos, ahora prevalecía la voz tranquila y queda de los nuevos internos, ancianos aferrados a la última etapa de sus vidas.

El eco de la juventud parecía haberse diluido en aquel silencio nuevo.

Una vez dentro del edificio, el olor a limpio de siempre, que tan bien creía recordar, había sido completamente sustituido por un aroma suave a incienso. Todavía estaba absorto en sus pensamientos, cuando una mujer de cabello blanco recogido en un moño apareció desde un pasillo lateral.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó con una sonrisa tranquila.

Juan dudó. No sabía si tenía derecho a estar allí.

—Estudié aquí —dijo al fin—. Hace muchos años.

La mujer lo observó con atención.

—Ya, a veces vienen antiguos alumnos a visitar lo que fue su colegio, ya que ha venido hasta aquí tal vez quiera ver algunas de las salas antiguas. No todas se han reformado. Me llamo Clara.

La siguió despacio a través de un dédalo de pasillos que conservaban la misma forma estrecha y alargada que él recordaba, aunque ahora estaban pintados en tonos cálidos y los cuadros de entonces habían sido sustituidos por paisajes bucólicos. Cada paso despertaba un recuerdo: el roce del trapillo, el griterío de los pínfanos practicando deporte, las órdenes de los inspectores...

Llegaron al que fue un patio de recreo. Juan se detuvo. Allí, bajo el intenso cielo azul de Madrid, había pasado horas interminables y compartido confidencias con Ramiro, su mejor amigo, en las horas libres que tenían. Habían hablado de música, de chicas, de fútbol, de libros, de la vida que imaginaban más allá de los muros del internado. Y, sobre todo, habían hablado del futuro, ese mundo que entonces parecía tan lejano y prometedor.

—Este lugar... —murmuró.

Clara lo miró con una mezcla de respeto y curiosidad, esperando pacientemente a que dijera algo.

Juan sintió que algo se aflojaba dentro de él.

—Perdone, Clara, yo me llamo Juan, Juan Castro —dijo casi en un susurro—. Estuve aquí hasta el setenta y uno.

Clara frunció el ceño, pensativa.

—Castro, Castro... sí. Creo recordar algo que encontramos con ese apellido. Espere un momento.

Desapareció por un pasillo y regresó con una caja de cartón cubierta de polvo.

—Durante la reforma para convertir este sitio en un Centro de Mayores encontramos varias cajas con documentos y objetos antiguos. No sabíamos qué hacer con ellas.

Juan abrió la caja con cuidado. Dentro había fotografías en blanco y negro, dibujos, actas de notas, cuadernos,

partes disciplinarios. Entre ellos encontró una foto de su clase: un grupo de muchachos con el pelo corto y miradas sonrientes. Él estaba entre ellos y a su lado, con una sonrisa tímida, reconoció a Ramiro.

El corazón le dio un vuelco.

Clara, que observaba su reacción, añadió en voz baja:

—¿Era usted alguno de ellos?

Juan asintió sin poder hablar.

—Sí, es una foto de mi clase —y señalando con el dedo a Ramiro, comentó—, este y yo éramos... muy buenos amigos —consiguí decir al fin.

Clara rebuscó en la caja y sacó un sobre arrugado y amarillento por el tiempo, en el remite estaba escrito su nombre, Juan Castro.

—Esto estaba dentro de un libro de Literatura. No tiene sello ni dirección de envío, por lo que no llegó a enviarse y quedó olvidada.

Juan lo abrió con manos temblorosas y sacó una cuartilla. Reconoció su propia letra adolescente, torpe y apretada. La carta estaba dirigida a Ramiro. La había escrito la noche antes de que cada uno tomara un rumbo distinto; al acabar Preu, Ramiro se marchó a estudiar a Valladolid y él a la facultad de Filosofía en la Complutense. La vida, como tantas veces, se encargó del resto.

La leyó despacio. Recordaba cada palabra antes incluso de terminar de leerla: hablaba de escaparse juntos algún día, de los planes que imaginaban en voz baja cuando apagaban las luces del dormitorio, de la promesa juvenil y sincera de no olvidarse nunca. Era la voz de un muchacho que no sabía cómo despedirse de su mejor amigo.

Clara esperó a que la terminase de leer.

—¿Sabe algo de él? —preguntó con delicadeza.

Juan negó con la cabeza.

—No. Nunca volví a verlo. La vida... ya sabe.

Clara sonrió con una ternura que no necesitaba palabras.

Salió al jardín y se sentó en un banco. El sol de la tarde caía oblicuo sobre las fachadas de Carabanchel, iluminando balcones, tenderos y grafitis. El barrio había cambiado, pero seguía teniendo ese pulso áspero y vivo que él recordaba.

Releyó la carta. Sus palabras adolescentes le parecieron ingenuas, pero también puras, libres de la vergüenza que llega con los años. No había venido a ver un edificio. Había venido a reencontrarse con el joven que fue y sin saberlo con el amigo que dejó atrás sin perderlo del todo.

Luego se alejó despacio, sin mirar atrás. El internado como tal ya no existía, pero tampoco hacía falta. Lo que había venido a buscar no estaba entre aquellas paredes, sino en su memoria.

El pasado no había desaparecido: simplemente se había acostumbrado a vivir sin él.

Durante varios días, Juan no pudo quitarse de la cabeza la visita al viejo colegio y la carta que había encontrado. Algo dentro de él —una voz remota, quizá la del muchacho que fue— insistía en que aún quedaba un cabo suelto.

Una tarde, mientras hojeaba viejos álbumes familiares, recordó algo que Clara había mencionado de pasada:

—Por otros que nos han visitado antes que usted, sabemos que algunos antiguos alumnos se mantienen en contacto. Creo que incluso habían creado una asociación.

Juan encendió el ordenador con la torpeza de quien no está acostumbrado a bucear en el pasado. Tecleó «pínfanos» sin demasiada esperanza. Pero allí estaba: una

página sencilla, estructurada con muchos enlaces a fotografías antiguas, relatos, boletines anuales, actividades... era la web de la Asociación de Huérfanos del Ejército.

Sintió un vuelco en el estómago y de nuevo se aceleró su frecuencia cardíaca.

Durante un buen rato navegó por la página despacio, como si temiera que cualquier clic pudiera borrar lo que estaba viendo. Había nombres, incluso un pequeño foro donde algunos exalumnos compartían recuerdos. Y entonces lo encontró.

Ramiro Cifuentes. Preu 1971. Y un email de contacto.

Juan se quedó inmóvil. El nombre parecía brillar en la pantalla, como si hubiera estado esperándolo durante medio siglo. No sabía qué escribir. No sabía si debía escribir. ¿Qué se dice después de cincuenta años de silencio?

Finalmente, redactó un mensaje breve, casi torpe:

«Hola, Ramiro. Soy Juan Castro. No sé si me recordarás. Estudiamos juntos en el Bajo. Me gustaría hablar contigo, si te parece bien».

Lo envió sin releerlo. Y durante dos días enteros evitó mirar el correo, como si la respuesta —o la ausencia de ella— pudiera desestabilizar algo que aún no sabía nombrar.

La respuesta llegó una mañana de domingo.

«Juan, ¡cómo no voy a recordarte! Llevo media vida preguntándome qué habrá sido de ti. Cuando quieras, hablamos. Me alegrará mucho escucharte».

Juan sintió que algo se abría dentro de él, como una ventana que llevaba demasiado tiempo cerrada. Se quedó mirando el mensaje largo rato, sin moverse, dejando que aquellas palabras hicieran su trabajo silencioso.

No respondió de inmediato. No hacía falta. Sabía que lo haría. Sabía que, por primera vez en cincuenta años, el pasado no era un peso, sino un puente.

Volvió otros días a recorrer arriba y abajo las calles del barrio. Carabanchel seguía vibrando con su mezcla de bullicio urbano, vida y memoria. Caminando sin rumbo, ligero, recordando, como si hubiera recuperado una parte de sí mismo que creía perdida.

El internado ya no existía.

Pero Ramiro sí.

LA VIDA PASA

Roxana Redondo Saussol



Hoy, en el espejo mientras me encremaba, me he descubierto una nueva arruga y, en vez de entristecerme, me ha dado por pensar que las arrugas son medallas que ganamos en la guerra diaria de la vida, en la lucha a muerte contra el tiempo.

Antes me daba miedo envejecer, me resistía a cambiar, a dejar de ser la que yo creía que era.

Ahora, poco a poco, no sé, me voy haciendo a la idea, crecer, como morir, es lo natural cuando una está viva. Quien se niega a crecer puede acabar convirtiéndose en un enano en muchos aspectos.

Todo lo que nace, crece y muere, pero eso no importa, lo que importa es vivir cubriendo las etapas, apurando hasta el fondo de la copa de cada edad.

Cada tiempo tiene su encanto y sus alicientes.

Si siempre fuéramos niños, nos perderíamos el bonito espectáculo de la juventud.

Si siempre fuéramos jóvenes, nunca sabríamos cómo sería la vida desde la serenidad de la vejez.

Probablemente seríamos mucho más felices si nos aceptáramos en cada momento como somos, si viviéramos de acuerdo con los años, si los niños no quisieran parecer hombres, ni los jóvenes viejos, ni los viejos jóvenes.

Hay tiempo para todo.

El secreto quizás esté en no dejar escapar las oportunidades irrepetibles.

Sólo se es niño una vez, y hay que serlo a su tiempo debido o a su debido tiempo.

Yo ya no soy una niña, ni siquiera soy joven; no me importa, porque he vivido la infancia y he vivido la juventud y conozco sus secretos.

Ahora, ante mis ojos, se extiende un nuevo panorama y no quiero perdérmelo, quiero vivirlo, quiero saber qué me ofrece este tiempo nuevo, quiero descubrir qué misterios encierra esta nueva edad cuyo nombre todavía ignoro, pero que ya siento que está llamando a mi puerta.

RECUERDOS ESCONDIDOS

Roxana Redondo Saussol



En el invierno de 1963, el internado de M.^a Cristina en Aranjuez parecía detenido en el tiempo.

Aquel edificio de paredes frías y pasillos interminables guardaba en su interior las voces suaves de niñas que habían aprendido demasiado pronto a no hacer ruido.

Eran hijas de oficiales del Ejército, pero en realidad eran, sobre todo, hijas de ausencia.

Cada mañana comenzaba igual, el timbre metálico, las camas alineadas, el uniforme perfectamente doblado, las monjas caminaban con paso firme, como si el orden pudiera rellenar los huecos que nadie nombraba. Pero entre las niñas, en los pequeños gestos, se colaba otra vida.

A veces, por la noche, cuando el dormitorio quedaba en silencio y solo se oía el roce de las sábanas, mi mejor amiga M.^a Geli susurraba algo bajito, como si hablara con alguien que no estaba.

Yo, en la cama de al lado, no decía nada. Sólo alargaba la mano en la oscuridad, hasta encontrar la suya. No hacía falta nada más.

Habíamos llegado siendo tan pequeñas que casi no recordábamos otra vida. El Colegio M.^a Cristina era casi todo lo que habíamos conocido. Los pasillos largos, el olor, las voces contenidas, pero en ese gesto mínimo — dos manos que se buscan sin mirar—, había algo que no nos habían enseñado. Algo que no venía de los uniformes ni de las normas.

Era una forma de decir: «Estoy aquí». Y... aunque el mundo les hubiera quitado tanto, en ese instante, tan breve, tan frágil, no estábamos solas.

Inés siempre se despertaba la primera, antes que las demás, le gustaba mirar por la ventana empañada del dormitorio. Desde allí veía los jardines helados y, a lo lejos, los árboles desnudos. Decía que en primavera aquel lu-

gar debía ser bonito. Nadie le discutía, aunque ninguna recordaba haberlo visto realmente, debido a nuestra poca edad.

Mi mejor amiga era M^a Geli, que tenía una risa inesperada y divertida que a mí me encantaba, y siempre soñaba con volver a casa. Tenía muchas amigas, Isabel era una que coleccionaba cosas inútiles como caramelos, papeles, botones... para no olvidarme de las cosas pequeñas, decía.

Yo no siempre entendía, pero guardaba también algún tesoro en el bolsillo por si acaso me venían los recuerdos.

Los domingos eran distintos. Había misa, silencio largo y después, a veces, visitas.

Algunas niñas salían corriendo al patio cuando escuchaban su nombre, otras fingían que no les importaba, aunque sus ojos se quedaban clavados en la puerta.

Inés nunca recibía visitas y muchas amigas tampoco.

Por eso habían inventado un juego. Cada domingo, después de la comida, se sentaban bajo una escalera y se contaban cómo hubiera sido si su familia estuviera allí. No mentían del todo, sólo completaban lo que faltaba.

«Mi padre me habría enseñado a montar en bicicleta, decía Inés». «El mío me habría llevado a esquiar, decía Pilar», etc.

Y, en ese intercambio, algo se llenaba, aunque fuera por un rato.

Una tarde de febrero nevó, no era habitual, y el internado entero pareció cambiar de humor. Las monjas permitieron que saliéramos al patio. Las niñas corrimos, gritamos, rompimos por unas horas la disciplina invisible que siempre nos rodeaba.

Hice una bola de nieve y la lancé sin apuntar, le dio a la madre Desamparados en el hombro, fingió enfadarse, pero enseguida respondió. Pronto todas estábamos riéndonos, cayéndonos y olvidando.

En medio del bullicio, nos paramos, miré alrededor, las caras rojas, los guantes mojados, las carcajadas... Y, por un instante, sentimos algo nuevo: no era exactamente felicidad, pero se parecía.

—¿En qué piensas? —me preguntó Inés acercándose.

—En que esto.... —le dije señalando la nieve, el ruido, el caos—, no duele.

Inés asintió seria por primera vez.

—Entonces habrá que acordarse... respondió.

Los inviernos siguientes fueron parecidos, las niñas crecieron, algunas se marcharon, otras llegaron. El edificio siguió igual, con su disciplina y su silencio. Pero en algún rincón entre sus muros y los recuerdos, quedó atrapada aquella tarde de nieve como tantas otras cosas, y aquellas noches de mi amiga M^a Geli y yo cogidas de la mano.

Una tarde en la que, sin padres, sin certezas y sin promesas, un grupo de niñas huérfanas descubrió que la alegría también podía existir, aunque fuera breve, aunque doliera un poco, y quizás por eso, precisamente por eso, valía más.

UNOS DÍAS DE INVIERNO

Rafael Martín Caro



Estamos en el Colegio de Santiago en Carabanchel Bajo o Puerta Bonita, alumno de 5^o curso. Es Noviembre de 1964 y tengo 14 años.

Domingo día 1, conmemoración de Todos los Santos. Vino el General Villalba, acompañado de otras personas. Hizo mención (creo que por eso vino) a un compañero mío, un tal Borralló, el cual realizó un acto heroico, salvando de ahogarse a dos personas. Una chica de 22 años y una niña de 10. Les realizó la respiración artificial y ahora viven gracias a él. Oímos Misa y comulgué. Me puse por primera vez el uniforme (nos obligaron). Salí con Sanjurjo y tomamos el suburbano. Fui a casa de mi tía Concha (en Lavapiés) para comer.

Por la tarde quedé con Sanjurjo en el cine Capitol, pero no lo vi. Ponían el «Hombre de Río». Me gustó bastante, Buena. Escribí a mi hermano mayor José Antonio. Mi tía me dio almendras para el colegio. Le dejé recado para que me compre una esponja de baño para la ducha, pues va muy bien y no tengo. Me compré tabaco. No recé bien el rosario. Mas bien distraído.

Al siguiente día cambiaron el horario de clases. Es la conmemoración de los Fieles Difuntos. Vino el inspector Martín Santos, pues ha estado bastante tiempo sin venir. Por ahí dicen que le han realizado una operación.

Ya es día 3. Mal día. Nublado. Realizamos el horario de clases. Por la noche buen día sin nubes. Veo el planeta Venus.

Es día 4 cuando encienden la calefacción. Mal día, nublado y llueve. Empecé a hacer el horario de comida.

El día siguiente sigue estando muy mal el día. Lloviendo todavía. Examen de Ciencias y Matemáticas. Anoche me quedé estudiando en el «wáter» la asignatura de Ciencias. Ciencias regular y Matemáticas mal. Vino un ca-

mión de Segarra (que es una empresa de la Vall d'Uxo de Castellón), creo que para traer zapatos.

Vino «el Pater». Tema «El Matrimonio» y «El amor».

Primer viernes de mes. Ejercicio de Química que creo que me salió bastante bien. El día está ya mejor. El suelo está encharcado y hay barro por todas partes. Nos dieron las botas y los zapatos. Dejamos las sandalias. Me he puesto las plantillas (por mis pies planos). Se rompió el brazo «Esenit» (tengo duda con su nombre), es un compañero de clase. Recibí carta de mi hermano mayor en el que me da consejos.

El sábado hace buen día. Me duché y cambié de ropa, No sé por qué, no me han dado la camiseta. Nombraron las notas y he tenido mala suerte en Matemáticas (un 1), las demás asignaturas aprobadas.

Ya es domingo. Oí misa y comulgué. Día bueno. No puedo salir (por el suspenso en Matemáticas). Por la mañana hace un poco de frío. Fui al estudio. Me enfadé por la tarde con Sanjurjo. Me señala que yo no tengo razón. No nos hablamos. Estoy cansado y triste. Por la noche se ven las constelaciones de estrellas. Se ve bastante bien el planeta Venus. Me dormí enseguida.

Es lunes y un día bueno, aunque por la mañana hace frío. Por la tarde, en el recreo de la merienda, tengo reunión de equipo. Somos un grupo de compañeros y amigos, que nos unimos, para resolver entre si nuestros problemas. Me apunté a este equipo el jueves pasado. Dieron lápices. Lavé la correa del reloj, ya que está muy sucia por el sudor.

Es día 10. Oí misa. Hace 7 años y un mes que murió Papá. Me corté el pelo (a navaja con recargo). El de gimnasia ha venido por primera vez, pero llega tarde. Fui al gimnasio. Después nombraron las notas del mes. Yo soy

el nº 14 de la clase. No he sacado ningún suspenso, por lo que estoy contento y alegre. Tengo tentaciones. Procuro pensar en otra cosa pero no puedo. Estoy pidiendo a Dios que me dé fuerzas.

Nuevo buen día. La piscina está semivacía. Por la noche empezó a hacer frío. Escribo a mi hermano Miguel Ángel. Somos cuatro, yo el menor y luego este que es mayor que yo (estuvo en Valladolid y Barcelona) y después mi hermana Conchita y el mayor que es José Antonio. Le pido que me escriba y se lo diga también a los demás. También le digo que me perdone por juzgarle mal.

De nuevo un mal día. Por la mañana hay mucha niebla y frío. A mediodía cambia totalmente el día con sol y calor. Vino de nuevo «el Pater» como de costumbre. Tema «El amor» y «La pureza».

Estoy pasando los apuntes de Ciencias. Y haciendo una lista de compañeros para comprar un balón para jugar al fútbol. He reñido con un compañero. Creo que él no tiene razón. Por ello me pierdo una reunión del equipo al olvidarme de la misma. Pues cuando me avisan estaba hablando con un compañero. El grupo parece que es un verdadero «cachondeo». Nadie se entera cuando hay reunión, sobre el asunto de comprar el balón para jugar al fútbol. En la lista somos 16. Todos de 5º. Y casi todos de 5º A.

No he tenido gimnasia, pues «el Ross» que no había venido por la mañana a dar Matemáticas, nos la dio en la hora de Gimnasia. No estoy conforme.

Han clavado unos carteles murales de cinematografía. Y examen de Ciencias. Creo que he realizado la 1ª pregunta bien y la 2ª regular.

De nuevo reunión del grupo con dudas de si seguir. Por fin Tudanca trae la pelota. Y volví a rehacer amistad con

López Frutos. Mas enfados con el resto de los compañeros. Hice los equipos para futbol y pagué la pelota (son 7,20). Los demás han hecho lo mismo.

He hablado con Serafin sobre cosas personales y se ha ofrecido a ayudarme. También prefiero que me ayude López Ramos. Creo que tengo que elevarme en categoría y no ser «niño».

Don Fernando me puso un punto en conducta. Y «el Ross» nos pone un examen sin habernos avisado. Catástrofe.

Ya estamos en Diciembre, vino por primera vez «el Felipe» como profesor de Matemáticas (que estaba ausente). «El Revilla» vino a clase y dio los puntos de conducta (por mala). Yo no tengo nada. No hubo Francés. Se fue el profesor a otra clase. En el partido me han dado un balonazo en la cara. Me duele la cabeza bastante. Estoy mareado.

Nombraron la notas y yo estoy aprobado. Don David nos indica que las vacaciones son del 19 al 8, y si alguien quería pagar el billete que mandase el dinero al colegio. Luego pago 3 ptas. para el regalo a Don Francisco, que al día siguiente es su santo. Le felicitamos y no puso el examen de Química que tocaba hoy.

Vino «el Pater» de siempre y nos leyó un párrafo del diario de un joven belga que se titula «Dios te hablará esta noche». Conclusión: Dios te habla siempre, pero necesitas oírlo. Pasó unas películas sobre las misiones de América del Sur.

Por la tarde me enfadé con López Ramos y me pegué con él. Es de Cádiz. Estoy decaído y muy triste por esta contienda. Yo quería ser amigo de él, pero...

También están Navarro del Pino, Ortega Conesa, Povedano, Serafin...

De nuevo Don Francisco empezó a realizar ejercicios de Química, que todavía no habíamos hecho.

Fui a la lencería para que me cosieran unos botones. Una señora de las costureras me dijo que a lo mejor me daba un recado para llevar a Valencia.

Se juega ahora al beisbol en el patio. Pues el balón nuestro de futbol, se encaló ayer, por culpa de Pablo en el tejado. Pablito no quiere subir hasta mañana. «El Revilla» nos dejó sin recreo por la tarde.

No hay agua. No me puedo lavar. No hay duchas. A pesar de que nos dieron ropa nueva.

Es festivo y pude salir. Me fui al Museo de Pinturas del Prado. Me encontré con un compañero del colegio. Vimos «Las Meninas» que era el objeto principal de esta visita. Después al cine Conde Duque para ver la película «La niña de luto». Me gustó. Junto con su fin moral y triste, está bien. Y ya de vuelta de nuevo al colegio me compré el Ya y el Marca.

Bernabé me pide celo con palabras muy agradecidas. Caray, no es para tanto. Dicen que soy tacaño, pues ahí tienen la respuesta. Me han gastado todo el celo. Lo que compré la semana pasada, pues me ha durado una semana. Espero no ser un completo imbécil. De ahora en adelante, no voy a dejar nada a nadie, aunque me lo pidan por favor y de rodillas. Son muy amigos para dejarles cosas, pero a la hora de la verdad, son peores.

Don Lorenzo se enfadó en el comedor porque hablábamos muy alto. Nos castigó toda la cena sin hablar y luego al estudio una hora. A las 11 de la noche pudimos ir al dormitorio.

Estudiando Matemáticas, para superar el próximo examen. Los de 5º B han tenido el de Química. Todos muy

nerviosos. Por la tarde examen de FEN (Formación del Espíritu Nacional).

También pensando que mañana empiezan las vacaciones. Pero eso es otra historia.

Con el recuerdo imborrable de nuestras vivencias con los profesores e inspectores y sin olvidarnos de los compañeros. Por ti por siempre Serafin.

**VARIOS RECUERDOS QUE CONSERVO A MIS 95
AÑOS**

M^a Teresa Palzauelos Hernáiz



Entré en mi querido Colegio de Aranjuez el 8 de enero de 1.942 con casi 11 años. Al ver aquellas puertas tan enormes, se me cayó el alma a los pies. Nos abrió una monjita (no recuerdo su nombre) a mi madre y a mí, y nos pasó a una salita para que nos despidiéramos.

Mamá me dio el cabás que llevaba, con una bolsita de tela para guardar el peine, la peina, el cepillo y la pasta de dientes, y una pastilla de jabón.

Yo sentía una tristeza inmensa al despedirme de mi madre y empecé a llorar. La monjita entonces le hizo una seña para que se fuera, y a mí, me metió ya para adentro.

No recuerdo más: no sé dónde me llevó, imagino que al dormitorio a dejar mis pocas pertenencias.

Mi primera clase fue con Sor Merçí (así la llamábamos), la monja con la que mejor y más tiempo pasé. Yo no salía de vacaciones en verano pues mi madre trabajaba, éramos 5 hermanos y no tenía medios para tenernos a todos en casa; siempre me dijo que si no salíamos todos, no salíamos ninguno, pues no quería hacer diferencias con nosotros.

Durante el verano, yo ayudaba a Sor Merçí a preparar los libros para el curso siguiente. Pasaban de un año a otro forrados con tela negra y algunos se desencuadernaban, y Sor Merçí los pegaba con un engrudo que hacía y los dejaba secar días poniéndoles peso encima.

¡Cuántas veces, a lo largo de mi vida, me he acordado de ella! Era una persona sencilla y culta y además algo profética, fijaros, en esos años 40 del siglo pasado decir cosas como éstas: «Ay del día que China despierte, el mundo temblará» o esto otro: «Todo lo que ha escrito Julio Verne, será realidad, y el hombre llegará a la Luna».

Esto lo intuía una mujer que sólo salió de Aranjuez el año que hizo su noviciado, pues nació y creció ahí y de

religiosa sólo estuvo en ese Colegio hasta su muerte. Recuerdo también que decía que cuando viéramos pintadas en puertas o paredes, eso era signo seguro de mala educación.

Otra monja muy querida era Madre Magdalena, a la que debo el haber hecho mi carrera de Magisterio, pues me decía que tenía aptitudes para ello...no me he arrepentido nunca de ser maestra, no he sabido muchas cosas, pero sí he procurado siempre inculcar a mis alumnos que fueran creyentes, respetuosos, atentos con todo el mundo y que fueran siempre con la verdad por delante: el mentiroso no se hace creer, aunque diga la verdad.

Volviendo a mis vivencias del Colegio, os diré que fueron años duros: pasábamos mucho frío, sólo había una estufa de leña en las clases, pero dormitorios, comedores, capilla y galerías, eran heladores y muchas niñas se llenaban de sabañones, las tenían que vendar las manos pues se abrían las heridas.

Recuerdo un año que cayó tal nevada, que a las del dormitorio del Niño Jesús (que éramos las menores) no nos levantaron de la cama en todo el día.

La Madre Superiora era Madre Pilar, la veíamos poco pero tenía cara de bondad; Sor Aurea era la encargada de la enfermería, sor Elena la «zapatera» se dedicaba a eso precisamente. Madre María Pía se encargaba de uniformes y ropa interior.

En cuanto a las alumnas había de toda graduación del Ejército; estaban 3 hermanas Salgado-Araujo emparentadas con el Caudillo; las nietas del Teniente General Saliquet; familia del General Varela y las hermanas del Teniente Ortiz de Zárate que fue asesinado años después en Africa con otros dos compañeros.

A pesar de estas diferencias, yo recuerdo el trato por igual de todas las religiosas: la disciplina no hacía distinciones.

Entre el año 42 y noviembre del 46 que estuve en Aranjuez, fue a pasar un par de días al Colegio Carmencita Franco acompañada de su institutriz, una teresiana, y de varios militares; debió estar con las mayores en el comedor, etc., pues sólo la vi llegar, pero recuerdo que me impactó mucho que las monjas nos comentaran que habían hablado bastante con la teresiana y ésta les contó que cuando Franco tenía algún problema grave que resolver pedía a su capellán que le expusiera el Santísimo Sacramento, y se pasaba la noche en oración...¿lo habíais oído antes?.

Recuerdo que me gustaba el día 8 de diciembre que iban los militares a pasar el día con nosotras y nos llevaban un regalo a cada una; nosotras hacíamos alguna función en el Salón de Actos como «Santa Virreina»; también cantaba Angelita Pons, valenciana con una voz preciosa.

Otro bonito recuerdo era que el día de Santiago, Patrón de España, al haber tantos cuarteles y tropas en esos años en Aranjuez, tenían la deferencia de visitarnos a las huérfanas que nos quedábamos en el Colegio a pasar el día con ellos.

Comenzaba con una Misa de Campaña donde se tocaba el Himno Nacional y después una riquísima comida con ellos, y tomábamos parte de las actividades festivas que cada año se celebraban.

Cuando salíamos los jueves por los Jardines de la Isla, más de una vez nos encontramos con algún entierro de soldaditos que desconocían la peligrosidad del Tajo...

Finalmente, y ahora que comienza el mes de mayo, añorar aquellos días cantando y recitando poesías a la Virgen

en su bonita gruta de Lourdes y darle mil gracias por haber tenido la suerte inmensa de educarme en un colegio como aquel, que me ha valido para poder afrontar los problemas que la vida me ha regalado.

VIEJO TRAPILLO

Antonio Benítez Ballesta



Todavía, perdura en mi memoria el ingreso en el internado de Padrón, hecho que aconteció en el mes de septiembre de mil novecientos cincuenta y siete. Un grupo de nuevos internos entre los que me encontraba, ya atrapados por aquel edificio sólido, pétreo y cuadrado, bajamos la escalera de madera que accedía a la ropería ubicada en la planta baja del edificio, todos en silencio, cabizbajos y llenos de incertidumbre nos plantamos delante de la puerta; después de tocarla y pedir permiso de entrada, accedimos al interior de la habitación, donde sobre mesas se almacenaban los montones de uniformes a repartir entre los recién llegados, en breve íbamos a sufrir la tremenda mutación de huérfanos a internos.

Allí, nos recibió, una señora de vestido enlutado, de escandaloso pelo blanco albino y aparatosas gafas de cristales negros, tan interna como nosotros y que empezamos a conocer como «La señorita», mujer que desde su mundo de oscuridad, de sombras difusas y desde la frialdad de su carácter, con su voz cascada y el despotismo de su lenguaje, nos anunciaba después de mirarnos como si fuéramos objetos extraños... «Para ti, la talla doce» y mientras nos entregaba el nuevo uniforme, un lote compuesto de chaqueta, pantalón y una camisa gris como complemento, nos anunciaba solemnemente... «A partir de ahora serás el nueve». Número que de forma indeleble estaba grabado en el cuello de la chaqueta, número con el que nos identificábamos, nos distinguíamos y nos distinguían en la jerga habitual del internado; número, que en multitud de ocasiones, sustituía al nombre, al apellido e incluso al mote. Recuerdo que cuando te recibí en mis manos, eras de corte sencillo, piel grisácea y acartonada, al conjunto en el internado se le conocía como el «Trapillo».

Desde ese mismo momento, Trapillo del alma te convertiste en mi segunda piel y en mi mejor amigo y compañero; me acogiste en los momentos de tristezas y alegrías, me protegiste de las inclemencias del tiempo, del frío, de las lluvias incluso de tímido calor gallego y del tórrido madrileño; fuiste mi almohada en las siestas en Santiaguíño de monte, en el Campo Latorre o en el Prado; también mi mantel en las meriendas y acampadas, mi capa en las peleas de espadas y mi falda bien anudada por las mangas en mi cintura, cuando el calor apretaba; sufriste con entereza aquellos cosidos con hirientes alambres de metal de tus botones grises de pasta, y guardaste con celo aquél chicle que pegábamos durante semanas por debajo de tu solapa; tus bolsillos chaqueteros siempre escondieron objetos prohibidos, los primeros cigarrillos y sus restos las «pavas», las quinielas, el secreto escrito, etc. Mientras que los bolsillos de los pantalones en ocasiones albergaban la comida no deseada, los caramelos sugus que con gran esfuerzo comprábamos al camello de chucherías; tú, Trapillo, luciste con orgullo en tú pecho los honores de mis escasas medallas, sobre todo de orden y limpieza.

Y así, iniciamos nuestra andadura por los diferentes internados que conocimos, juntos pasamos tiempo en las clases, en los estudios, en los exámenes donde en el puño de tu manga escondía mis inocentes chuletas, compartiendo el éxito o el fracaso de las notas; fuiste compañero en los recreos entre carreras, partidos de fútbol y otros juegos; me acompañaste en los días de rezos, procesiones y plegarias, sufriste con resignación y alegría los castigos y perdones; como fiel amigo estuviste a mi lado en los días tediosos de paperas, gripes y tosferina; también en las horas de sueño e insomnio permaneciste a mi lado en el silencio del dormitorio callado y postrado al pie de mi

cama, recuerdo como te reíste aquella mañana cuando te comenté contrariado que había tenido que dormir toda la noche en posición fetal y me aleccionaste sobre la novatada de «la petaca». Tuve mi etapa de monaguillo y sonreías mientras me observabas mis movimientos al pie de la imagen de la Inmaculada, jocoso me comentabas que parecía un pequeño Papa. Me acompañaste en los momentos de paseo y ocio en aquellas salidas del internado bien ganadas por mejores notas. Finalmente, como fiel compañero, me acompañaste en mí peregrinar por las largas cabalgadas entre y durante los nueve años que duraron para mí los internados. Después, nos separamos casi ni me despedí de ti, aunque unos versos de la poesía compuesta por el Páter Cuevas, dice que sí lo hice...

*Viejo trapillo mi mejor compañero
Pronto presiento que te voy a dejar
Un uniforme muy fardón y elegante
Me espera en el Pilar.
Adiós mi viejo trapillo
Que aquí te quedas muy a mi pesar
Yo preferiría tener a mi lado siempre
Para recordar.*

Lo dice la poesía y es cierto, quedaste en mi recuerdo, casi etéreo, liviano, intangible, en estado de hibernación a la espera de mi regreso y aun así, me fuiste fiel hasta en el olvido y no fue un olvido deseado, ni previsto, no, fueron los años de la vorágine de la vida, de la sociedad pura y dura, de la familia, de los hijos, del trabajo etc. En esos azarosos años, solo me empeñaba en vivir y en ocasiones en sobrevivir, en procurar un bienestar a mi familia y un

futuro a mis hijos; fueron los años duros de sacrificio, de las glorias y miserias, de esfuerzos bien aprendidos en los internados; pero como siempre detrás de la tempestad social y laboral, vinieron los años de calma, y con ella la plena madurez, el descanso del guerrero, el alto en el trabajo, de nuevo la familia que creció, afortunadamente llegaron los nietos, en consecuencia, logré el ansiado tiempo para descansar y reflexionar sobre el pasado, el presente y el futuro. El tiempo no ha pasado en balde y debo reconocer que hasta ahora aunque la vida, gracias a Dios, me ha tratado bien, lo cual no significa que el paso de los años no haya dejado en mí las huellas naturales de sus exigencias, así hoy estoy algo más pesado, con el pelo níveo y más escaso, con generosos surcos en mi piel, en definitiva con más años, aunque mental y socialmente mantengo unos parámetros de cierta inquietud y vida. No obstante, mi nuevo estado social, me obliga a reinventarme la vida y recomponerla como alguien que monta un puzle. Lo intento.

Hoy es una de esas tediosas tardes de invierno, me encuentro sentado delante del ordenador navego en un mar sin olas, ni viento ni velas; paso de página en página y como un espléndido truco de magia, de golpe y porrazo aparece delante de mí la página de la AHE, nervioso me hundo en ella y surge una cascada de burbujas y recuerdos, veo, visualizo, reconozco y me emociono al ver retratado mi pasado, los centros donde estuve internado, los amigos y compañeros, las historias, los libros, los reportajes de los días del Pínfano/a, las noticias, pienso y agradezco a esos esforzados fundadores y organizadores continuadores incondicionales de la gran iniciativa de la AHE y su gran objetivo de guardar el pasado, para vivir mejor nuestro futuro. Gracias.

Entre tanto recuerdo, de nuevo nos reencontramos, apareciste tú trapillo mi fiel y querido compañero, fue un encuentro en imprevisto y en silencio, el uno frente al otro, nos reconocimos al instante, aunque tú estabas algo más cambiado, te has hecho mayor, ahora como Trapillo, presentas dos partes la física que tiene forma, porte y color y la emocional con verso y música; pues bien esta vez apareciste acompañado por el páter Cuevas el creador de tu poesía y por el coronel Grau que puso notas musicales a los versos, pienso que aunque son dos partes diferentes en su conjunto son un todo que te dan una nueva personalidad a ti querido Trapillo, también estabas acompañado como no por la AHE. En grupo caminabais a los alegres y emocionantes sonos de tu marcha militar. Parecía casi imposible, pero sucedió, pudimos gracias a la Asociación asistir a la ilusión del reencuentro contigo y con los compañeros y compañeras, también la posibilidad de darnos los más sentidos abrazos, reavivando a su vez el sentido de la solidaridad tan escaso en estos turbulentos años que nos está tocando vivir.

Así es querido Trapillo. Volvimos a reencontrarnos, no importando los años de ausencia, ni el físico, ni las obligaciones, hoy prevalece el presente y nos espera un ilusionante futuro, otra vez juntos el uno al lado del otro, mi añorado trapillo, te recibo emocionado. Emoción que se eleva al grado máximo cuando en los celebrados días del pínfano/a al final de la comida de la despedida, un grupo de entusiastas pínfanos entonamos tu poesía hecha canción, con voces quebradas y lágrimas fáciles, surgiendo en nuestros corazones nostalgias controladas y agradecimientos a raudales, entonces, ese torrente de sentimientos y nostalgias se transforma en un momento de enorme alegría, paz y felicidad.

Esta vez decididamente, no habrá separación, nos hemos vuelto a reencontrar y para siempre, estaremos juntos, en el día a día de nuestras vidas, también en los días gozosos de los pínfanos/as, sin olvidar los actos y celebraciones de las diferentes delegaciones, donde estaremos juntos y felices, haciendo un caminar por el curso de la vida, más hermanados, más ilusionados y sobre todo más solidarios.

No puedo ni debo finalizar este relato, sin brindar un homenaje a todos los uniformes que, como tú, fueron nuestros grandes compañeros en todos y cada uno de los colegios donde sufrimos y disfrutamos unos importantes años de nuestras vidas. También dedicar un recuerdo enorme, entrañable y emocionado al CHOE, esa parte de la historia que nos acogió y que tú, agradecido, le dedicas un sentido y emocionado verso.

CHOE del alma

De infinitos recuerdos

Con tus quimeras, tu morcilla y tu pan

Deja que llegue hasta ti un nuevo pínfano

Que ocupe mi lugar.

Sin él, sin nuestro entrañable CHOE, nuestra singular historia nunca habría tenido lugar.

El relato llega a su fin, el Trapillo y yo nos levantamos perezosamente de la mesa donde hemos mantenido la charla, mientras de fondo resuenan los acordes de la marcha militar, el viejo Trapillo, yo me emociono, tú sonríes y callas, nos abrazamos, no hay prisa por despedirnos, porque a partir de ahora solo existirá un... Hasta mañana.

Y LLEGÓ EL ADIÓS

Francisco Albiñana Morán



Corría el año 1964, allá por el mes mayo, y en el colegio de Santa Barbara y San Fernando: «El Alto», como le llamábamos los pínfanos, para diferenciarlo del Santiago, situado en el distrito de Carabanchel Bajo, Madrid, la vida escolar estaba siendo sometida a cambios.

Las fechas de la oposición para ingresar en la Academia General Militar, objetivo esencial de aquel internado, ya habían sido publicadas y con ellas la relación de los componentes de cada tanda, con sus días de presentación en Zaragoza. Los exámenes duraban un mes aproximadamente, pues en aquellos tiempos, además de en el reconocimiento médico, había que enfrentarse a los tribunales, de las dos últimas pruebas, individualmente, dándole vueltas a un pequeño bombo, similar a los de un bingo familiar, señalando la bolita extraída el tema con el que tenías que demostrar tu sabiduría y conseguir una nota que haciendo media con la obtenida en la prueba escrita de problemas te permitiera seguir avanzando con éxito hasta el final. Una parte del encerado, una silla, mucha tiza, un borrador, el dominio de tus nervios y tu memoria eran tus poderes en aquellos trascendentales momentos.

Cierto es que todos los aspirantes tenían señalado oficialmente su día, siguiendo un orden alfabético iniciado por sorteo; pero los pínfanos teníamos la posibilidad de alterar ese orden, eligiendo la tanda en la que preferías presentarte a los exámenes. Dicha singularidad era manejada por la secretaria de estudios del colegio, creando una relación más adecuada a sus criterios de distribución, en donde, por ejemplo, en la misma tanda, se presentarán un número similar de candidatos, seleccionados, eso sí, de acuerdo con una especie de valoración del posible éxito, pues en ella solo incluían, según su criterio, uno o dos de los mejor preparados y el resto a esperar la suerte o coger experiencia para el futuro, ya que la cruel

estadística marcaba tres o cuatro años como los necesarios para aprobar la oposición.

Yo había aprobado el año anterior, con más dificultad de la esperada, el primer grupo, al que llamábamos «literarias», aprobado que te evitaba repetirlo, tocándome afrontar el segundo grupo con su análisis matemático, geometría y trigonometría. Siguiendo la costumbre del colegio, ese año me hubiesen asignado plaza en una de las secciones de clase donde te iniciaban en esos estudios aceptando que debías coger experiencia, y tenías pocas posibilidades de superarlo. Pero alguien del mando observó que se me daban mucho mejor las «ciencias» que «las letras» y me colocaron en la primera sección, donde estaban los más preparados y los mejores profesores.

Con el mencionado inicio de los exámenes de la oposición, la marcha de los primeros a Zaragoza y el final de las clases presenciales, se consideraba el curso finalizado y dejaban que cada uno estudiara a su aire, más o menos, siguiendo el clásico esfuerzo de la última hora, recuperar lo que no se había hecho durante el año y tratar de vencer la inseguridad e inquietud que producía el pensar que todo te lo jugabas a una carta. A pesar de esa zozobra, yo me encontraba entre los esperanzados optimistas y soñaba con vestir el uniforme militar al año siguiente.

Pues fue el caso que, finalizada la última clase presencial, oídos los repetidos y sabios consejos de D. Ángel Lobo, entrañable profesor de Geometría, sobre como exponer en la pizarra el tema que nos deparara la bolita de manera que pareciera que sabias más y le gustara al tribunal, a alguien se le ocurrió proponer una fiesta de despedida al día siguiente por la tarde, ya que al otro partía la primera expedición.

Se aceptó con cierto entusiasmo la propuesta y se pasó a hacer la colecta que financiara la oportuna bebida. La colecta no estuvo mal, pero surgió un problema, pues estando prohibida la introducción y consumo de bebidas alcohólicas en el colegio, había que buscar el medio para abastecernos de manera furtiva. Una solución la brindaban los que, autorizados a pasar consulta en el cercano hospital militar, abandonaban el centro sin vigilancia y volvían a él sin horario previsto.

Casualmente el que escribe estas letras tenía que hacerse una revisión de la vista y junto a mi gran amigo Álvaro Rivera, «Alvarito», del que no recuerdo cuál era su dolencia. Estábamos autorizados a ir al hospital el día señalado. Y cumplimos como los mejores, con el dinero global y la lista consensuada de ingredientes para la fiesta, lo que menos hicimos fue preocuparnos del tema sanitario. Varias bolsas camufladas entraron en el colegio y esperaron su oportunidad ese día, que llegó cuando en el último estudio de la tarde, ya sin vigilancia, comenzó la fiestecilla. En un principio la cosa era comedia, las conversaciones, proyectos y deseos de suerte eran entrañables, pero el alcohol fue haciendo de las suyas y pasamos a liberar restricciones, perder la discreción, acabando desfilando por el patio, a voz en grito, al son de la canción: «Viejo Trapillo, mi mejor compañero, pronto presiento que te voy a dejar, un uniforme, más fardón y elegante me espera en el Pilar...», muy adecuada para el momento, hubo incluso uno que se cayó a una zanja.

El asunto, lógicamente, no finalizó con la resaca. A la mañana siguiente, después de desayunar, Alvarito y yo fuimos llamados al despacho del coronel director, alias «El Zupo», que, si siempre estaba de mal humor, en esta ocasión se superaba.

Imaginaros la escena: Los dos perfectamente firmes separados un par de metros de la mesa de despacho ocupada por el furioso coronel, al que le dábamos frente, muy serios, mientras nos echaba una descomunal bronca donde abundaban las palabras «disciplina», «desobediencia», «alteración del orden», «abuso de confianza», «carrera militar», «expulsión» ... cuando a mi amigo Alvarito, no se le ocurrió otra cosa que interrumpirle para decirle: ¿Pero a usted quien le ha dicho que fuimos nosotros?

Noté que al director se le inflamaban las venas del cuello, se le entrecerraban los ojos mirándole fijamente, y atónito por semejante insolencia, se irguió repentinamente cogiendo un cenicero de cristal lleno de colillas que tenía delante, levantándolo para tirárselo. Fue un error, pues al verticalizar el brazo, el cenicero quedó boca bajo y las colillas se le empezaron a introducir por la manga de la chaqueta. Pienso que alguna debía de estar encendida todavía pues de forma inmediata, lo volvió a dejar en la mesa y empezó a agitar el brazo hacia abajo tratando de expulsarlas. La escena era insólita y ciertamente cómica, tanto a mi buen amigo como a mi nos entró la risa que tratamos de controlar, pero no fuimos capaces de evitar una contenida sonrisa, lo que exasperó mucho más al apurado coronel, que señalando la puerta con la otra mano y a la voz de: «Al calabozo», nos echó del despacho.

Entrando por la puerta principal del edificio y girando hacia la derecha camino del comedor, en el lado izquierdo, había una gruesa puerta con una mirilla que permitía ver en su interior una habitación sombría con un espacio libre en su lateral izquierdo que llegaba hasta la única ventana, enrejada, desde la que se veía el patio trasero, el del frontón. En su lado derecho se observaban

abiertas cuatro puertas similares, entrada a cuatro celdas estrechas y vacías, que eran aprovechadas habitualmente como almacenillo pues, aunque todos conocíamos la existencia de esos calabozos, nunca los vimos usar como tal. Supongo que eran vestigios de aquella época anterior, cuando los alumnos estaban militarizados y hacían la mili mientras preparaban su ingreso en la Academia.

Esa fue nuestra reducida estancia durante los últimos días de permanencia en aquel colegio, no fueron muchos, pues como he dicho ya se empezaba a viajar por tandas a Zaragoza para examinarse y Alvarito tenía marcado su traslado pasados unos diez días y yo una semana después. No hubo perdón, ni volvimos a ver al director, pero experimentamos lo que era estar muchas horas encerrados cuando te apetecía salir a despedirte de Madrid en alguno de los festivos.

Pero como «Dios escribe derecho con renglones torcidos», nuestro cautiverio nos dio la oportunidad de centrarnos en los estudios de última hora, con plenitud de horario, cierta obsesión y fácil concentración. No nos quedaba más remedio que estudiar, compartíamos los problemas y nos preguntábamos el temario, ni siquiera poníamos la radio portátil o leíamos las novelas que nos habían pasado por la verja de la ventana, y afortunadamente ese año aprobamos los dos, formando parte de los dieciocho pínfanos que ingresaron en la promoción XXIII. Me hubiese gustado saber si el ínclito director se llegó a atribuir parte de nuestro mérito.

Al salir del despacho, acompañados por uno de los inspectores, pasamos parte de la mañana preparando lo necesario para el encierro; sobre todo los libros, apuntes, cuadernos... todo lo adecuado al último esfuerzo personal que se nos presentaba, pues os recuerdo que ya no había clases. Mientras tanto, alguien retiraba los trastos

del arcaico calabozo y lo dejaba adecuado a la inesperada actividad que se le acababa de adjudicar. Cuando entramos por primera vez nos sorprendió ver como único mobiliario dentro de cada celda: un pupitre de los antiguos y como catre unos tablones de madera sobre unos soportes metálicos, que tuvimos que completar nosotros bajando los colchones, sábanas y almohadas de nuestras camas. Creo recordar que solo dormimos allí un par de noches, pues se dieron cuenta que era más razonable dejarnos compartir el dormitorio común por la noche, unido a las comidas y el aseo matutino. Eso sí: en cuanto acabábamos de desayunar nos encerraban y salvo la asistencia esporádica al servicio, que teníamos que solicitarla avisando al inspector de turno por medio de cualquier compañero que pasara por la mirilla, no salíamos hasta la hora de comer, para volver a ser encerrados hasta la hora de cenar. Y así todos los días hasta que abandonamos definitivamente el colegio.

Resignados, preparamos el cubículo a nuestro antojo, sacamos dos pupitres al pequeño pasillo, que tenía mucha más luz con la ventana enrejada permanentemente abierta y nos asignamos una celda cada uno para guardar las cosas que teníamos allí. Debo confesar que el aislamiento no era total, pues aparte de lo descrito, durante las horas de encierro, si necesitábamos algo, siempre teníamos la posibilidad de hablar con algún compañero a través de la ventana enrejada, que nos hacía el recado solicitado con diligencia.

Los compañeros nos trataban con aprecio, pues bien sabían ellos que habíamos pagado en solitario las consecuencias de un desmadre grupal, y fue de agradecer la especie de complicidad que se generó. Peculiar fue la espontánea costumbre de pasarse por la mencionada ventana cuando volvían de una salida festiva, saludarnos y

entregarnos un pequeño obsequio o recuerdo, que ellos llamaban «óbolo» se hizo frecuente. Pipas, chicles, chupachups, cigarrillos, comics... fueron los presentes habituales. Esa pequeña muestra de solidaridad nos compensaba con una sensación placentera, evidenciando el orgullo y compañerismo que suponía ser pínfano. También fue frecuente que vinieran a despedirse e intercambiar deseos de suerte cuando les tocaba el turno de acudir a Zaragoza.

El tiempo fue pasando como he relatado hasta que, al tachar un día en la hoja del calendario que teníamos pegada a la pared, nos señaló que al siguiente le tocaba partir a mi camarada Alvarito. Después del desayuno no lo vi más hasta que nos reencontramos en la Academia General cuando empezó el curso.

A partir de ese momento volvía yo solo al encierro. Echando de menos su compañía y algo deprimido, pensando en los días que todavía me quedaban en soledad, redoblé el esfuerzo en el estudio, emborroneé muchas más hojas con problemas y recité obsesivamente los teoremas de geometría y los métodos de análisis matemáticos del programa, única ayuda que te permitía el tribunal de exámenes cuando te tocaba hacerles frente.

Y también me llegó a mí el turno de viajar a Zaragoza y ocupar mi sitio en la Hospedería del Pilar, residencia de estudiantes muy cercana al templo, en la que nos alojaba el Patronato de Huérfanos mientras nos presentábamos a los exámenes, causa de nuestras inmediatas preocupaciones. El paso siguiente, aprobado o suspendido, eran las vacaciones de verano.

La tarde anterior, gocé de libertad y del tiempo suficiente para preparar el viaje: recoger todo, despedirme del 716 para pedirle amparo, dar una melancólica vuelta

por las instalaciones del colegio que tantos meses había sido mi hogar, hacer la maleta incluyendo el uniforme azul con el que nos recomendaban presentarnos en la Academia para que se notara nuestra procedencia y dejarlo todo dispuesto para cuando, al día siguiente, me viniera a recoger la furgoneta militar que nos llevaba a la estación, a los señalados en la tanda,

No dormí bien aquella noche, la última. Me invadieron muchos sentimientos encontrados. A los recuerdos nostálgicos de aquel 1953 en que me presenté en el colegio de La Inmaculada, se unieron los nervios de las pruebas que me esperaban en la ciudad del Ebro, la inquietud por el futuro además de la patente y lamentable despedida de tantos años, saliendo de un calabozo.

La furgoneta fue puntual y después de cargar las maletas y despedirnos de los que aún les quedaba tiempo subimos a ella, arrancó camino de la salida mientras yo miraba hacia atrás, para guardar en la memoria la silueta del edificio que había sido mi refugio durante tanto tiempo, donde había sacrificado, sometido a un régimen de internado, unos años en que la vida me pedía disfrutar de la libertad y albedrío de los compañeros que habían elegido estudiar una carrera universitaria. Pero no lo hice con rencor o tristeza, fue una sensación de agradecimiento y satisfacción por tantas horas vividas al lado de tantos entrañables compañeros: los pínfanos. Al pasar por el pabellón del director, cerca de la salida, tuve el presentimiento de que el adiós era definitivo, de que por fin había llegado.

NOTAS DEL AUTOR. –

Los hechos que relato fueron reales, cierto es que han permanecido escondidos en mi memoria, tratando, tal vez, de que no mermaran mis buenos recuerdos, mi reconocimiento, orgullo y satisfacción de haber sido pínfano casi once años. Pero de los tres protagonistas principales solo puedo contarlo yo, y, a esta distancia de la vida, habiendo cambiado tanto la tutela de los huérfanos de militar, pienso que merece la pena que se conozca en parte cómo era antaño esa tutela.

- «El Zupo», D. José García Tejero Añez, fallecido, fue un coronel de Infantería retirado que había accedido en 1962 a la dirección del colegio desde la secretaria de estudios, cuando cesó D. Manuel Sousa Martorell, «El Viejo», también coronel, con el que coincidía su permanente severidad en el trato, excesiva para los tiempos que corrían, y su frecuente mal humor. Si bien se comentaba que el segundo sentía por sus huérfanos una intensa preocupación de la que el primero adolecía. Eran de una generación de hombres que habían vivido de jóvenes una penosa guerra, y una posguerra muy dura, con rigurosos conceptos de obediencia y disciplina, que no habían evolucionado al mismo ritmo que la vida en los años sesenta.

En el Sahara compartí destino con su hijo, teniente de Intendencia, que no se parecía al padre y al que jamás le comenté nada.

- Alvarito, D. Álvaro Rivera Rodríguez, coincidimos varios años de internado, siendo siempre un magnífico compañero, al que aprecié como un hermano. Falleció siendo coronel de Intendencia en el 2005, después de

haber compartido mucha milicia juntos. La afinidad y el aprecio que nos teníamos, no se acabó con los cuatro años de academia. Tampoco rememoramos la aventura.

- El que ha escrito esto: el 801 del Alto y coronel de Intendencia retirado, perteneciente a la XXIII promoción. Hijo de un capitán de Artillería que falleció muy joven determinando la tutela del Patronato de Huérfanos del Ejército, lo que siempre ha agradecido y le ha hecho sentirse orgulloso de ello.

EL PASILLO

Santiago de Ossorno de la Puerta



El viejo internado se alzaba imponente a lo lejos como un gigante dormido. Sus muros de piedra, ennegrecidos por el viento, la lluvia y el tiempo, parecían guardar secretos que nadie se atrevía a nombrar.

Era a mediados de los sesenta, y para los alumnos internos de primero de Bachillerato la vida transcurría monótonamente entre rezos, estudio, recreos, las comidas y el eco interminable de pasos y voces en el patio y los pasillos.

Miguel, de diez años, llevaba apenas dos semanas allí. Aún no se acostumbraba a estar encerrado, a las camas alineadas como soldados ni al estridente sonido del timbre que marcaba cada instante del día.

Pero lo que más le inquietaba era un largo pasillo del piso superior, siempre en penumbra, incluso a pleno mediodía.

Los mayores decían que por las noches se oían golpes, como si alguien arrastrara muebles. Otros aseguraban que era el viento colándose por las ventanas viejas. Miguel no sabía qué creer, pero cada vez que pasaba por allí sentía un escalofrío que le recorría la espalda.

Una noche, incapaz de dormir, escuchó un ruido sordo. Luego otro. Y otro más. Se incorporó en la cama, conteniendo la respiración. Los demás dormían profundamente. El sonido venía, sin duda, de aquel pasillo.

Armándose de valor, salto de la cama y salió del dormitorio. El suelo de madera crujió bajo sus pies descalzos. Avanzó despacio, guiado por las tenues luces de emergencia. Cuando llegó a la esquina, vio una sombra moverse.

—¿Quién anda ahí? —susurró.

La sombra se detuvo. Luego, una voz temblorosa respondió:

—Soy yo... Julián.

Era el chico más tímido del internado, siempre con la nariz metida en algún libro. Miguel se acercó y vio que estaba empujando un viejo y pesado armario de madera.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Julián tragó saliva.

—Busco mi cuaderno. Se me cayó detrás del armario esta tarde y quiero recuperarlo.

Aliviado, Miguel soltó el aire que estaba reteniendo desde hacía un buen rato. No había fantasmas, ni muebles que se movieran solos. Solo un compañero muerto de miedo.

—Venga, te ayudo —dijo.

Entre los dos lograron separar el armario de la pared, lo suficiente para recuperar el cuaderno. Cuando regresaron al dormitorio, Julián sonreía por primera vez desde que había llegado al internado.

A la mañana siguiente, los rumores sobre ruidos misteriosos continuaron. Miguel y Julián se miraron en silencio, cómplices.

El internado seguía siendo frío, estricto y lleno de sombras... pero ahora, al menos, tenían un secreto compartido.

Y en un lugar como aquel, eso valía oro.

SI VOLVIERA A NACER

Santiago de Ossorno de la Puerta



A sus setenta y pocos, Manuel recibe al visitante con una sonrisa amplia y tranquila, de esas que se tardan toda una vida en aprender y ya no necesita ocultar. El salón huele a madera antigua y a café recién hecho; frente a nosotros, sobre una estantería, varias fotografías de sus hijos y nietos conviven con libros y objetos que ha ido atesorando durante años y le gusta tenerlos bien a la vista para ayudar a mantener vivos sus recuerdos.

Viéndolo cuesta imaginar que este hombre sereno pasase su infancia y juventud entre disciplina militar, órdenes estrictas, toques de diana, naves dormitorio e interminables pasillos donde el silencio era norma de obligado cumplimiento.

«Siéntate, hijo, que de estas cosas se habla mejor sin prisa, to-mando un buen café entre amigos», me dice mientras acomoda su bastón junto al sillón. Y así comienza un viaje retrospectivo hacia un tiempo lejano que él recuerda con una mezcla de dureza, cariño, humor y cierta nostalgia inesperada.

«Apenas tenía siete años cuando me ingresaron en un colegio para huérfanos de militares», comienza su relato mirando fijamente hacia la ventana, desde la que se ven jirones de cielo azul por encima de los edificios cercanos, como si aún pudiera recordar con precisión el lejano día en que su madre los acompañó, llevándolos fuertemente agarrados de la mano para evitar que salieran corriendo, a él y a su hermano pequeño, dos años y medio menor, hasta la puerta de aquel edificio imponente.

«Siendo todavía una mujer joven, mamá enviudó de nuestro padre, capitán de Intendencia destinado en Salamanca, que había fallecido, también joven, de una grave enfermedad pocos meses antes, tras lo cual nos mudamos a esta ciudad para estar más cerca de los cole-

gios donde sus hijos tendríamos que ingresar internos después del verano para paliar las penurias económicas que estaban por llegar».

«Yo era un crío flaco, un saco de huesos, con más miedo que ropa en la maleta y mi hermano poco más o menos igual, aunque él era tan pequeño que le asignaron una cuna para dormir. Lo primero que nos enseñaron fue a hacer la cama... pero no como la hacíamos en casa, no. Allí una arruga era casi un delito».

Se ríe, y su franca sonrisa le ilumina el rostro.

«El primer día me regañaron por no alisar bien la colcha. Imagínate. Pero también fue el día que conocí a Antonio, que a partir de entonces se convirtió en mi hermano de vida. En los internados, las amistades no se hacen: se forjan».

Mientras habla, Manuel alterna recuerdos duros con anécdotas que hoy nos pueden parecer inconcebibles.

«Nada más llegar nos entregaron los uniformes de diario, eran de color gris y tenían dos piezas, chaqueta y pantalón, camisa gris a juego, mudas de ropa interior, botas, sandalias... todo a la vez para que tuviésemos claro que nos íbamos a quedar una larga temporada, la mía duró nueve años, la suya once. Los compañeros nos dijeron que aquel uniforme era el “trapillo” y que cuanto antes nos acostumbrásenos a él mucho mejor, porque acabará siendo vuestro mejor compañero como dice nuestra canción».

«Años más tarde, íbamos cambiando de internado cada dos o tres cursos, tuvimos un director que como castigo por alguna trastada nos hizo correr bajo la lluvia. No me gustó nada... hasta que descubrí que correr me hacía sentir libre, aunque fuera solo por unos minutos. La disciplina era férrea, las normas rígidas, los horarios inflexi-

bles, vale, sí, pero también aprendías a encontrar tus propios resquicios de libertad».

Le pregunto si alguna vez se rebeló.

«¿Rebelarme yo? ¡Qué va!», dice, y luego me guiña un ojo. «Bueno... quizás una vez. O dos. Una noche Antonio y yo, entre otros cuantos, nos escapamos del dormitorio para ver las estrellas desde el jardín y darnos un refrescante baño clandestino en la piscina porque hacía mucho calor. Duró poco porque nos pillaron enseguida, claro. Pero te juro que nunca he vuelto a ver un cielo igual».

«Con el tiempo, los internados y sus peculiaridades dejaron de ser lugares ajenos, extraños y fríos para convertirse en un mundo propio, fueron nuestra segunda casa».

«Allí empecé a convertirme en hombre, aunque fuese a la fuer-za», admite. «Aprendí a respetar, a obedecer, pero también a pensar por mí mismo, a defenderme y buscarme la vida. Y a valorar la amistad como un tesoro».

Me habla de los profesores, no pocos eran militares de carrera, hubo de todo pero algunos fueron muy queridos y recordados todavía a pesar del tiempo que ha pasado, de compañeros que hoy siguen formando parte de su vida por pertenecer también algunos de ellos a la Asociación de Huérfanos del Ejército, gracias a la cual se mantienen en contacto, reuniéndose periódicamente para mantener y afianzar los lazos de amistad que se forjaron en los internados, y de la sensación de que, pese a todo, aquellos lugares, al principio duros, inhóspitos, a veces casi carcelarios, lo prepararon para enfrentarse al mundo.

Actualmente, como jubilado, Manuel disfruta de una vida sosegada que le permite aprovechar el presente y recordar el pasado sin resentimiento.

Pasea cada mañana, cuida su salud y dedica horas a disfrutar de su tiempo libre en compañía de los seres queridos. «La vida me ha devuelto el goce del tiempo que allí dentro estaba siempre tan medido», dice con la calma y serenidad que solo dan los años.

Cuando le pregunto qué queda en él de aquel niño del internado, se queda pensativo unos segundos.

«Queda la disciplina, claro. Y el sentido del deber. Los recuerdos, buenos y no tan buenos. La serena aceptación. El espíritu de superación ante las dificultades. Pero también me queda la capacidad de saber valerme por mí mismo que me ha ayudado mucho en la vida.

¿Si volviera a nacer...? Me gustaría experimentar una infancia diferente, probablemente mejor, creciendo en un ambiente familiar, junto a los míos. Pero sé que todo aquello me hizo fuerte, y ahora vivo feliz a mi manera».



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es
c/ Joaquín Costa, 6
Madrid (28002)

Este libro se terminó de reeditar el
2 de junio de 2026